A todos a quienes la fantasía salva de su realidad.

PRÓLOGO

El agua tenía el color de una melodía muerta.

Fue su primer pensamiento antes entender que no tenía la menor posibilidad de luchar.

Desde arriba, un monstruo embestía su cuerpo, lo aprisionaba entre sus garras, y empujaba, empujaba, empujaba… Desde las profundidades, hordas de dedos tiraban de sus pies con avidez. Sintió sus huesos tatuados de podredumbre hendir su carne, y tras gritar comprendió su error. Cientos de burbujas, como espectros entre las sombras, se arremolinaron a su alrededor. Había perdido el poco aire que le quedaba.

No inspires.

Pero la necesidad de hacerlo, el acto reflejo de buscar oxígeno, le instó a abrir los labios. Su corazón amenazaba con quebrarse a cada latido, allí abajo, en las tinieblas. Se lo imaginó astillándose en miles de fragmentos que reflejarían a aquellos a los que amaba; un caleidoscopio con recuerdos y sueños que morirían en el vacío.

¡No inspires!

¿Cuánto podía aguantar? En cualquier momento sus pulmones darían la terrible orden de aspirar y colapsarían

para siempre. Se removió en un intento por liberarse, pero la bestia de las profundidades persistió en su acometida, al tiempo que las presencias abismales reclamaban su último aliento.

A sus oídos llegó un sonido extraño, distorsionado por el eco que reinaba ahí abajo. Se quedó inmóvil unos segundos, una eternidad. Eran súplicas, clamores descarnados de hombres, mujeres y niños que pronunciaban su nombre. Justo entonces, el instinto le obligó a dar una gran bocanada.

Los pulmones se dilataron, las fosas nasales inhalaron sin ofrecer resistencia…Y las aguas de muerte rompieron las compuertas.

Un trueno restalló en su cabeza, una llamarada prendió su pecho. El momento crítico se acercaba. Las criaturas que aferraban sus tobillos tironearon con más fuerza y sumieron su cuerpo en un remolino…

Entreabrió los ojos y pudo distinguir ciudades y templos sumergidos, bóvedas derruidas, esfinges olvidadas, laberintos de calles sinuosas y páramos que vigilaban sirenas de ojos ponzoñosos.

Las sombras se retorcieron e incrementaron la velocidad, como si su naturaleza ancestral hubiera advertido que el cuerpo que transportaban se abandonaba demasiado pronto a un destino que no le pertenecía.

Semiinconsciente, sintió cómo alguien aferraba su cuerpo, lo alzaba en el aire y finalmente lo depositaba en tierra firme. Tosió con violencia, vomitando regueros de agua turbia. Para cuando fue capaz de abrir los ojos, trató de convencerse de que aquello era solo una pesadilla creada en los sótanos más siniestros de su mente.

Ante sí, una calavera le atravesaba con su mirada de

simas infinitas. Mostraba una sonrisa sardónica, de dientes podridos, desiguales y rotos. Una capucha de jirones negros cubría buena parte de su cráneo y de vez en cuando los insectos se asomaban bajo la tela.

Sujetaba un gran remo de barca, hecho de huesos humanos. Realizó una reverencia y le tendió su mano cadavérica. Cuando habló, su voz parecía provenir del dolor de mil almas.

—Hemos estado esperando su llegada, majestad.

1

Las historias más bellas siempre comienzan
con una destrucción.
JACK LONDON

A Casey le encantaba Halloween.

Por eso había elegido aquel lugar para quedar con Vera. Cuando era pequeña, recorría las calles del Sur de Filadelfia con sus amigos para recoger caramelos. Lo que más añoraba de todo eso era disfrazarse: de bruja, de pirata, de zíngara, de vampiresa… Estar dentro de otra piel por una noche suponía para ella una magia difícil de superar. Y así fue hasta que comenzó a devorar libros. Sonrió para sí. Los libros eran como hechizos esperando ser descubiertos, y ella se consideraba una buena maga. Al menos, así había sido hasta hacía unos días… Ahora, un incómodo hormigueo recorría su pecho cuando trataba de leer y lo que era peor, cuando intentaba escribir.

—¡Ey! ¡Casey!

Una mano sobre su brazo la obligó a girarse.

—¡Tía, qué cambiada estás! —Vera se echó a reír y su pelo, rizado a lo afro, parecía bailar en torno a sus pendientes de aro—. ¡Te he extrañado un montón!

Las dos amigas se abrazaron con fuerza. La había echado tanto de menos durante ese verano. Vera le guiñó un ojo antes de mirar descaradamente a su alrededor.

—¡Guau, no conocía este local! Me has hecho venir aquí por los adornos de Halloween, te conozco. Pues que sepas que aún te quedan unas semanas, fantasmita.

Tenía razón. Casey siempre iba a Tinsel, un bar en pleno centro de la ciudad, cuando alguna festividad estaba cerca. En Navidad, engalanaban el interior con luces, regalos, árboles, bastoncillos de caramelo gigantes… Ahora, aunque todavía eran finales de septiembre, Tinsel ya ofrecía a sus clientes un espeluznante mosaico de muñecos de porcelana, calabazas sonrientes, caretas de payasos asesinos y arañas colgadas por doquier.

—No sabes cuánto me alegro de verte, Vera —dijo abrazándola de nuevo. La emoción hizo enrojecer sus ojos. ¿Tan sola se había sentido?—. Tú también estás…

—¿Más guapa? ¿Sexy? ¿Irresistible? ¿Clavadita a Beyoncé? —ambas rieron al unísono mientra Vera se sentaba junto a ella—. Nah, lo que pasa es que como ya no puedo ponerme más morena de lo que soy, mis primas de la costa Oeste decidieron llevarme por el camino del exceso.

—¿Fuiste a Las Vegas?

—¡Qué dices! ¡No he salido del paseo de la fama de Los Ángeles en todo el verano! —jugueteó con el frasco decorativo de ojos de cristal que había sobre la mesa e hizo un gesto al camarero para que trajera dos refrescos—. Piénsalo, ¿y si me hubiera topado con Spielberg, o con Tarantino? ¡Imagínate!

Vera quería ser guionista o directora de cine, o las dos cosas. Su carácter extrovertido y el hecho de coincidir en muchas asignaturas en el Instituto de Artes Creativas había hecho inseparables a las dos chicas. No se habían visto en todo el verano y las ganas de ponerse al día, tomar ese batido helado que vendían en la cafetería de la esquina y

hablar de lo que cada una había planeado para su futuro en la universidad, se multiplicaron por mil.

—¿Y tú? ¿Qué tal estos dos meses? —la sonrisa de Vera perdió intensidad, solo durante una fracción de segundo. Después añadió—: ni me lo digas. Seguro que has devorado todos los libros de la biblioteca, señorita Hermione Granger. En eso tu madre lleva razón: ¡te va a salir humo por las orejas! Pero ya lo arreglaremos, claro que sí…

En realidad, pensó Casey, *¿qué he hecho durante el verano?* Su expresión alegre se tornó lívida. *No me acuerdo de nada… ¿Pero cómo no voy a acordarme?* El corazón comenzó a martillearle en los oídos. *¿Qué…qué diablos me está pasando?*

—Además —Vera siguió parloteando, animada—, tienes que invitarme a una hamburguesa. Chica, la verdad es que Silk City Diner no es un mal sitio para trabajar… además está en pleno centro.

Casey había comenzado a trabajar los fines de semana en una cafetería para que su madre y ella pudieran pagar las facturas más desahogadamente. Eso sí lo recordaba, pero… La música del bar incrementó su volumen y el pulso de Casey se disparó de nuevo. *Algo no va bien, algo no encaja, algo no…*

El camarero dejó las bebidas sobre la mesa, con pajitas rojas a juego, y se fue.

En cuanto Vera me ha preguntado por el verano… He empezado a sentirme…

—¿Casey?

—Sí, sí, claro, ¡eso está hecho! Mañana empiezan las clases, ¿te parece si quedamos el sábado?

—¡Cuenta con ello!

—Eso sí, si mi jefe se entera de que te sirvo una hamburguesa gratis, ¡le dará algo!

—¿Es uno de los típicos cabrones, no? Como Reed o Harris, pero a lo bestia…

Las dos amigas conocían a Dennis Reed del curso anterior. Habían elegido apuntarse a uno de sus famosos talleres de Escritura Creativa y la experiencia había sido, cuanto menos, surrealista. Reed se había ganado a pulso todos los rumores que lo tachaban de extravagante, lunático y estricto. Sin embargo, a Casey le cayó bien. Comprendió que ese aire de profesor excéntrico cuadraba bastante con el mundo de la literatura, aunque todavía no pudiera perdonarle que le hiciera recitar varias veces su propio relato delante de toda la clase y de mil formas posibles. «Un buen escritor tiene que saber improvisar, como la vida misma». Casey sonrió para sus adentros al recordarlo. Maldito Reed… Aun así, se había convertido en su profesor favorito y estaba ansiosa por comenzar el nuevo curso en una de sus clases.

—A ver… —Casey simuló pensarlo un momento para seguir la broma de Vera—, digamos que Thanos se queda corto a su lado.

—¡Vaya! Si desapareces, ¿puedo quedarme con tu cazadora blanca?

—¡Ya quisieras!

—Lo digo para tapar la cara de ese payaso de ahí —señaló la careta con un cómico gesto de miedo—. Eres una friki, ¿lo sabías? Mira que traerme a este sitio…

Casey se relajó un poco y rió con ganas.

—Oye —respondió—, que esto no está nada mal. ¿Y tú quieres ser guionista?

—Ya, pero no hacían falta los tarros de ojos ni las arañas.

—Es que han pensado en todo, para darle ambiente —iba a darle un sorbo a su refresco cuando vio una ma-

riposa negra aletear hasta posarse en su mano—. ¡Anda! ¡Incluso han llenado el local con mariposas!

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Bueno, justo aquí hay una —el insecto ascendió hasta su brazo—, fíjate.

Los ojos de Vera le devolvieron una mirada confusa.

—Casey… ¿Estás bien?

—Pues claro —la chica seguía embelesada contemplando a la mariposa. Era increíble que les permitieran tener insectos vivos en el local—, ¿por qué lo dices?

Su amiga se mordió los labios antes de responder.

—No hay… No hay ninguna mariposa, Casey.

2

La fantasía no es un escape de la realidad.
Es una forma de entenderla.
Lloyd Alexander

Una mariposa negra.

Como la de la tarde anterior. Rebosante de vida, aleteaba aquí y allá, sin separarse de ella. No es que fuera extraño. Era aterrador. Y real, muy real, también. Aunque solo fuera para sus ojos.

Ahí estaba. En su pelo negro, revoloteando entre los mechones mientras se recogía una coleta, acariciando el lunar en su mejilla con sus patitas, recorriendo la camiseta azul marino que había decidido estrenar aquel primer día de instituto, zigzagueando por la casa, probando tímidamente la mermelada que había comenzado a extender por una tostada. De algún modo, estaba segura de que el insecto permanecería ahí todo el día.

Se preguntó si, de haber estado en casa, su madre también la habría visto. A la mariposa o a ella. Las alas negras se movieron con lentitud. Parecían decirle: «creo que ambas intuimos que quizás, ahora mismo, yo soy más real que tú, amiga».

Desvió la vista. Aquello tenía que ser una pesadilla. Una pesadilla demasiado acerada que se resistía a desaparecer.

El repunte de un escalofrío recorrió su columna vertebral. *¿Y si estoy perdiendo la razón? ¿Qué dirá mi madre si se entera? ¿Y la doctora Walker?*

Fue al baño y, sin querer, se quedó muy quieta frente a los espejos. Su madre insistió en comprar dos cuando se mudaron, así que su imagen siempre se dividía en una especie de reflejo fracturado. Una adolescente sin sonrisa le devolvió una mirada de oscuro vacío. El insecto estaba sobre su hombro izquierdo. Suspiró y se obligó a pensar que era inofensivo.

Eso es. Si no le doy importancia, puede que termine por desaparecer.

Volvió a darse cuenta, otra mañana más, de que inconscientemente se había puesto de nuevo el colgante con forma de llave. Su madre aseguraba que ella no se lo había regalado. Vera, su mejor amiga, tampoco. Sus compañeros de clase quedaban descartados. Y desde luego ella no albergaba el recuerdo de haberlo comprado nunca. Sin embargo, volvía a reposar sobre su pecho, abrochado de forma mecánica en un gesto aprendido. Lo acarició y la plata brilló ante su contacto.

Se ajustó la coleta y se dirigió a su habitación para coger su mochila. Primer día del último curso en el Instituto de Artes Creativas. ¿Debería fantasear con la idea de un nuevo comienzo, como en Año Nuevo? Metió su estuche junto a los cuadernos y el horario de las asignaturas. ¿Tendría que sentirse impaciente? Dudó unos instantes antes de meter un libro. Lo había comprado la tarde anterior. Tal vez, entre clase y clase... ¿Notaría el típico cosquilleo de expectación? La única mariposa que percibía no estaba en su estómago, sino alejándose hacia la cocina. Siguió sus cabriolas hasta que se detuvo en el frigorífico. En su superficie,

bajo un imán con forma de la Campana de la Libertad, distinguió una de las acostumbradas notas de su madre:

Hoy me toca turno doble. Regresaré tarde. Tienes el dinero para el almuerzo encima de la mesa y la cena está en el microondas.
¡Buena suerte, cariño!
Te quiero.

Cogió los veinte dólares y, tras introducirlos en el bolsillo de sus vaqueros, salió a la calle. Ya había amanecido por completo. La luz, diáfana y fresca, se reflejaba en los edificios para arrancar todos sus colores. En aquel barrio casi todos habían sido construidos con ladrillo rojo, salvo su casa, de tono mostaza. En ocasiones jugaba con la idea de que el sur de Filadelfia había sido creado para semejarse a un gran árbol cuyas raíces rojas se expandían de un modo infinito. Podían ser sinuosas, suaves o retorcidas según qué camino escogieras. Como el laberinto de un cuento.

Afianzó la mochila en sus hombros. Ya estaba desvariando otra vez. Quizá por esa razón decidió estudiar Escritura, unos años atrás. Cuando era una niña su padre solía decir que los buenos escritores tenían una fantasía desbordante. *Ese es su secreto*, afirmaba al tiempo que le revolvía el pelo de forma cariñosa.

Nunca le habló de la soledad…

No pudo evitar fijarse en un matrimonio que daba un beso a su hija antes de que esta subiera al autobús escolar.

…O de la frustración…

El padre sonrió y la pequeña agitó su manita al otro lado del cristal.

…O del desánimo.

La mariposa negra le recordó que debía seguir caminando. Volaba en torno suyo, vivaz, rápida como un espejismo. Acariciaba sus manos, rondaba su vientre, jugaba entre sus tobillos. Para cuando se encaminó por S Broad Street fue totalmente consciente de que su compañera alada no se separaría de ella en todo el día.

Vale, definitivamente he perdido la cabeza…

Inspiró hondo. Septiembre casi tocaba a su fin, y la brisa matutina hablaba de otoño inminente. El ruido del tráfico le hizo buscar su móvil y conectar los auriculares. La doctora Walker le insistía siempre en que escuchase música, alegre a poder ser. ¿Pero a quién demonios le apetecía buscar una *playlist* con canciones que hablaran de amor y felicidad cuando solo podía sentir un nudo de hielo constante en la garganta? Pulsó Spotify y dejó que la voz de Demi Lovato hiciera su trabajo. Demi nunca fallaba, y menos con los primeros acordes de *Nightingale* acariciando sus sentidos. Odiaba esa sensación de ansiedad ascendiendo desde sus costillas hasta nublarle la vista. No, no se trataba de nervios ante un nuevo curso. *Ojalá.*

En realidad, no tenía ni idea de dónde procedía y aquello, en cierto modo, la llenaba de terror. Había remitido un poco cuando se reencontró con Vera, pero… seguía ahí.

La mariposa suponía una novedad, eso sí. Pero no superaba el nivel de angustia que sufría diariamente. Si fuera capaz de intuir la razón de aquel malestar, de la desazón que corroía sus nervios, no tendría tanto miedo.

El instituto le aguardaba más allá del camino entre los cuidados parterres de hierba. Un edificio gigantesco, imponente, de columnas y escaleras blanquísimas. Un mundo dentro de una ciudad. Oz en el interior de la Ciudad Esmeralda.

Era curioso. Se matriculó gracias a una beca con la intención de convertirse en escritora. Había sido directora en el periódico escolar, miembro activo de la junta estudiantil, fundadora de un club de lectura solo para chicas… Y ahora, mientras caminaba junto a otros estudiantes hacia aquel inmenso edificio lleno de posibilidades, toda aquella ilusión se había esfumado. Así, sin más. Como un buen truco de prestidigitador.

Dios. Si la doctora Walker fuera telépata y leyera su mente en ese preciso momento, volvería a sonreírle con aquella expresión de «tendremos que partir de cero».

Nunca había sido una mentirosa. Y, sin embargo, comenzaba a ser una profesional en el arte de fingir que todo iba como debía. El agujero en su interior se hacía cada vez más profundo, pero al menos su madre no se preocupaba tanto y Walker hacía menos preguntas. No es que fuera el mejor trato, por supuesto, y sabía que toda aquella coraza acabaría por resquebrajarse. Solo esperaba que sucediese lo más tarde posible. Tamborileó con los dedos sobre su muslo derecho las últimas notas de la canción antes de seguir la estela de alumnos.

El ambiente bullía de energía tras las vacaciones y el interior del instituto era un mosaico de sonrisas y abrazos. Quizás los alumnos se vieran sorprendidos con un *flash-mob* de bienvenida, como ocurrió el curso anterior. Acarició la correa de su mochila. El libro sin empezar parecía latir ahí dentro. Alguien le tapó los ojos, a sus espaldas.

—Vera, sé que eres tú —se permitió sonreír. Su amiga la cogió del brazo y le dio un suave pellizco.

—Quería devolvértela después del susto que me diste ayer.

—¡Ya! —La carcajada de Casey no llegó a sus ojos. En la sien derecha de Vera se había posado la mariposa. *Oh, no.*

Sus patitas iniciaron el descenso hacia la barbilla. El cuerpo de Casey se tensó de golpe.

—Si estás intentando otra broma —le avisó Vera—, que sepas que no voy a picar y…

El timbre del inicio de las clases retumbó en el pasillo. Los alumnos rezagados comenzaron a alejarse corriendo hacia sus respectivas aulas.

—¡Venga! —gritó su amiga al tiempo que tiraba de la manga de su camiseta—. ¡Si llegamos tarde a la primera clase de Reed, seremos su diana personal el resto del curso!

La premonición de su amiga no se cumplió, pero solo por un par de minutos. Dennis Reed cerró la puerta tras de sí y mientras caminaba hacia su mesa, escrutó a cada uno de sus alumnos con aire marcial.

Casey pensó de inmediato que aquella mirada certera, el cabello cortado al uno y su camisa gris abotonada hasta el cuello, le conferían un aspecto amenazador. Exactamente igual que en su taller, meses atrás. Sus gafas negras suponían el único detalle que verdaderamente le hacía parecer un profesor de escritura.

—No es necesario que me presente —Reed cruzó los brazos—, sé que mi fama me precede. No esperen encontrar en mi asignatura la excusa para divertirse y borren de sus mentes la idea de que este curso será tan fácil como el anterior.

Casey miró de soslayo a su alrededor. Todos estaban erguidos, casi inmóviles y en absoluto silencio. No pudo evitar preguntarse si la personalidad de aquel profesor era real o el producto exagerado de las habladurías que se habían extendido durante años.

De cualquier forma, se sentía tan intimidada como el resto. Incluso más, si cabe. Puede que se estuviera conta-

giando de la sugestión que reinaba, pero… Sarah Brown, dos filas más alante, se giró y la miró. Un breve vistazo. Dos pupilas teñidas de… ¿curiosidad? ¿Enfado?

Casey se removió incómoda en su pupitre. Su mano derecha buscó sin querer la llave de plata que colgaba de su cuello.

—Les prometo una cosa, y no les va a gustar —el brillo de sus ojos se intensificó—: haré que odien la escritura.

No hubo murmullos, pero sí el sonido de muchas respiraciones interrumpidas. Casey apoyó el mentón sobre las manos. Ya conocía aquella frase. Debía de ser una de las favoritas de Reed para los alumnos en el primer día.

—Crear es también sufrir. Quien diga lo contrario os está mintiendo —había comenzado a tutearles sin cambiar la expresión ceñuda de su rostro—. No importa si es un cuadro, una danza o una novela. La creación surge de nosotros mismos, nos arrancamos el corazón y lo mostramos al mundo sin tapujos. La creación es propia de los dioses, y os aseguro que los dioses también sienten dolor. ¿Recordáis el mito de Perséfone? No estaba en sus planes entrar al inframundo, desde luego, pero tuvo que enfrentarse al forzoso dilema de elegir… Y eligió quedarse seis meses con Hades, lo que conllevaba un largo invierno en la tierra, y regresar a la superficie otros seis meses para traer consigo el calor y la primavera. Eso es sacrificio, es entrega, es dolor. No es algo que se busque, y menos para escribir, y sin embargo, será inevitable que os sintáis así. Quedáis avisados.

Un estremecimiento recorrió la piel de Casey. *¿Qué me ocurre…?* La angustia en su pecho comenzó a extenderse por todo su cuerpo. No estaba preparada para escuchar eso… No ahora… No el primer día… *No, no, no.*

John Irwing, a su lado, le dedicó una fugaz ojeada de soslayo antes de volver a aparentar interés por Reed.

—Así que olvidaos de casi todo lo que habéis memorizado como autómatas. Ya no sois críos a los que engañar —su marcado acento de Boston se acentuó—. Voy a lograr que odiéis escribir. Porque solo odiándolo seréis merecedores de amarlo.

Casey notó un regusto amargo en la lengua. El bolígrafo que sostenía le quemaba entre los dedos. Reed se ajustó las gafas antes de continuar.

—No habrá examen —las respiraciones contenidas se expulsaron con alivio—, se lo jugarán todo en el Gran Proyecto.

Gran Proyecto. Las palabras se dibujaron en la mente de Casey con mayúsculas y en luces de neón.

—Una novela. Nada de relatos, haikus o cuentecitos. Una novela de la temática que elijáis. Tomáoslo como un NanoWrimo gracias al que podréis aprobar y graduaros… o suspender y estancaros. Si no estáis preparados para esto, dudo mucho que queráis seguir adelante en el mundo de las letras. Podéis hablar con Helen Parker, en secretaría, y desapuntaros inmediatamente de mi clase.

Enarcó una ceja y sonrió. Una sonrisa extraña, cargada de intención.

—Pero si, por el contrario, os veis capaces de asumir el reto, bienvenidos. Os daré las pautas necesarias para sobrevivir a mi Jumanji literario.

Unas risitas se atrevieron a gravitar en el aula. La tensión disminuyó y los estudiantes se miraron unos a otros, como si Dennis Reed hubiera roto adrede el hechizo con el que les mantenía presos. Casey, sin embargo, no podía apartar la mirada de aquellos ojos tras las gafas. Estaba petrificada. Como Perseo dominado por Medusa. Ni siquiera se percató de que Daniel Collins la señalaba disimuladamente mientras susurraba algo a otro compañero.

—Mañana quiero que traigáis a clase vuestra novela preferida. Aquella que de algún modo os cambió para siempre. Uno por uno me diréis por qué creéis que fue clave en vuestras vidas. ¿Reísteis, llorasteis? Quiero saber las razones. Dadme un análisis de por qué os causó esos sentimientos. Poneos en la mente de su autor e intentad explicarme cómo lo logró: cómo consiguió causaros ese efecto —introdujo ambas manos en los bolsillos de sus pantalones y señaló la puerta con un gesto—. Sé que no ha sonado el timbre, pero podéis iros. Ya recordaréis estos minutos libres cuando no os dé tregua.

Casey notaba las manos heladas mientras recogía sus cosas. El resto de alumnos salió de manera rápida, pero silenciosa. Vera le hizo una señal desde la puerta. Y entonces, como a cámara lenta, la mirada de Casey se topó con la de Reed. En la montura de sus gafas reposaba la mariposa negra. El profesor asintió una sola vez, a modo de saludo, y el insecto alzó el vuelo para reunirse con ella.

—Madre mía, Casey, ¿a qué esperabas? ¡Ese tío siempre da mal rollo, de verdad! ¿Quién se cree que es? ¿Severus Snape reencarnado? ¿Te ha dicho algo al salir?

—No… Pero me ha parecido que quería hacerlo…

—*Bah*, en todos los institutos hay uno o dos como él. Aterrorizan a sus alumnos y así se aseguran de que nadie les molesta en clase.

Su amiga calló de repente. Un grupo de chicos se aproximaba hacia ellas.

Conor Rigby estaba entre ellos. Casey sonrió. Era un grandullón no muy hablador, pero amable y simpático con el que había entablado amistad en las clases de teatro. Interpretó el papel de Macbeth hacía dos años y Mercucio el curso anterior, ganándose al público, a los profesores e

incluso a la prensa local. A Casey no le extrañaba: Conor era el mejor sobre un escenario. Se alegró de verle. Tal vez coincidieran en alguna asignatura y volvieran a quedar para tomar algo y charlar, como hacían antes.

Sus labios habían comenzado a esbozar una sonrisa, pero lo siguiente que vio fueron unas manazas que la empujaban al suelo de linóleo. Un gemido de dolor escapó de su garganta. Conor ni siquiera se giró, pero Casey escuchó perfectamente su voz al alejarse.

—Zorra...

Sus amigos se apiñaron en torno a él. Entre los murmullos también distinguió varios insultos. Otros estudiantes que observaban la escena se habían detenido en el pasillo con una expresión de reproche en sus rostros. De reproche… Hacia ella.

—¡Pero tú de qué vas! —Vera se agachó para ayudarla a levantarse—. Tranquila, ese idiota habrá tomado demasiado el sol este verano. Vamos a enfermería y que…

Casey se zafó de su amiga y corrió con todas sus fuerzas. El corazón le ardía, los libros bailaban en su mochila, la llave de plata saltaba sobre su pecho y la mariposa negra revoloteaba como guiándola hacia el exterior del edificio.

Se detuvo tras uno de los setos en la parte trasera y trató de respirar rítmicamente, tal y como la doctora Walker le había enseñado. El insecto danzó entre sus manos, inquieto.

—Déjame en paz, ¡vete! —masculló ella al tiempo que se dejaba caer en la hierba.

Recogió un mechón de cabello suelto detrás de la oreja y se abrazó a la mochila. Todavía con el peso de la ansiedad bullendo en cada una de sus terminaciones nerviosas, sacó el nuevo libro con cuidado. Al sostenerlo entre sus manos

comenzó a sentirse mejor, a salvo. Estoy bien, todo está bien…

Lo sostuvo con cariño unos instantes antes de girar la cubierta y sonrió por primera vez aquella mañana. Empezar un libro siempre suponía un despertar. Una ofrenda. Un nacimiento. En el vacío de su mundo, la primera página se abrió como una de las más bellas y misteriosas…

3

Aquellos que no tienen fantasía no pueden entender,
es muy complejo, que acorte la distancia, cada día,
recibir una rosa desde lejos.

Alberto Cortez

Flores.

Por todas partes. Trepan por los muros, decoran nuestras ánforas, dormitan en el prado, susurran desde los lindes del bosque cercano.

Antes no me cansaba de verlas. Eran mis amigas, mis confidentes, mi ilusión al despertarme cada mañana. Me encantaba escuchar sus arrullos, sus canciones. Prometo que es cierto. Y sin embargo ahora... Paseo a solas por nuestra pequeña casa y no siento nada. Nada.

Eso es malo. ¡Es horrible!

Mire por donde mire, allí están. Se arquean como una bailarina, o se yerguen hermosas y puras como las sacerdotisas del templo de Artemisa. Sé que algo ha cambiado. Lo suficiente para trastocar mi realidad y desear escapar. Ya está. Queda dicho, aunque solo sea en mi mente.

Madre dice que la creación es el mayor y más sagrado poder que un dios puede tener. También sonríe cuando acaricia mi larga melena y afirma con orgullo que mis progresos son asombrosos y que un día no muy lejano, dominaré el don con el que nací.

«Dar vida es un regalo, Perséfone. Cada vez que haces crecer un árbol, que enverdeces la hierba, que gracias a ti florece un tallo, tú misma eres vida y se la ofreces a la humanidad».

Deberían ser palabras con las que sentirse feliz. Doy vida, soy vida. Suena bien... No. Sonaba bien antes. No sé qué ocurre, qué me ocurre, y ese desconocimiento es aterrador.

Cierro los ojos y me concentro unos instantes. Voy a hacerlo una vez más. Solo una más. Todo a mi alrededor desaparece. Ni siquiera noto el suave roce de mi túnica. Alzo la mano muy despacio y toco con la punta de los dedos la tierra junto al dintel exterior de nuestra casa.

A través de los párpados, percibo el fulgor que nace de mi piel y entonces... la conexión. El latido de la semilla de lirio se funde con el de mi corazón. Es un latido acelerado, cálido y pequeñísimo, pero cargado de fuerza.

El brote nace poco a poco, suspira y ríe como un niño. Lo escucho cantar mientras crece, sediento de amor y luz. Su sed se convierte en la mía, así como su deseo de plenitud. Es ese momento embriagador en el que ambos nos fundimos en uno.

Elevo la mano con la palma extendida.

Con una exhalación de placer, el tallo atraviesa la tierra y acude a mi llamamiento. Su pulso es ardiente, tornasolado. Se filtra en mi interior, acuciándome a beber de su ímpetu. Un leve gemido escapa de mi garganta.

Aun con los ojos cerrados, veo cómo el lirio blanco se abre ante mí y despliega sus pétalos.

Expulso el aire contenido en mis pulmones y comienzo a respirar entrecortadamente.

Crear es doloroso. Mi interior se abrasa como una antorcha cuya estela de calor se mantiene durante un tiem-

po en señal de que una parte de mí, una parte minúscula pero esencial, ha pasado a formar parte de la flor. Madre lo compara con el nacimiento de un mortal: una combinación de sufrimiento y amor infinito. Desconozco si tiene razón. ¿Qué puedo saber yo del amor, mortal o divino?

El lirio se balancea. Parece asentir ante mis dudas.

Doy vida, soy vida. Lo que no me atrevo a revelar a mi madre es que he llegado a una certeza: la vida es muy breve y, de algún modo que no alcanzo a comprender, me hallo unida a la fragilidad que solo da el lenguaje de la noche.

Tal vez por eso mi rostro se ilumina cuando Helios decide retirarse y el color de las hojas secas lo inunda todo.

¿Qué sentido tendría luchar contra un sentimiento tan fuerte? En estas horas, mensajeras de la oscuridad, no me siento tan sola, tan horriblemente hueca.

La blancura del lirio se tiñe con un tono rosáceo y su sombra se proyecta contra la pared de adobe de mi casa. Madre todavía tardará en llegar.

Extiendo los brazos. El cielo tiene el color de la eternidad encendida. Los últimos rayos que el sol desprende antes de morir en el horizonte son los más hermosos... Quiero recibirlos, abrazarlos, ser parte de su tibia herida.

Un estremecimiento inunda mi cuerpo.

Los mortales cuentan leyendas sobre el crepúsculo. Madre no me permite ir a la aldea más allá de la colina. Pero tengo mis recursos. Los mortales relatan a sus hijos, como un cuento prohibido, que fuerzas desconocidas se despiertan justo en estos instantes para morar el mundo y que cualquier cosa es posible. No son leyendas. Lo sé.

Me siento sobre la hierba y aguardo, porque estoy segura de que hoy también veré algo que únicamente se

descubrirá ante mis ojos. Algo envuelto en el horror, pero que genera en mi pecho una fascinación deliciosa.

No quiero privarme de lo que el crepúsculo me ofrece. Mis emociones dormidas exigen desesperadamente mirar, sentir, ser conscientes de mi existencia aunque solo sea unos instantes antes del anochecer.

Sentir... Es la palabra más bella jamás creada. Soy hija de la única diosa capaz de conseguir que la tierra esté viva y dé frutos para toda la humanidad. Y a cambio, solo conozco la ausencia y el silencio.

Un sonido turba la tranquilidad del prado. Contengo la respiración. Viene y va, atravesando el viento como el envite de una espada. Me quedo muy quieta. Creo que procede del camino que lleva hasta la aldea. Entonces los distingo. Agudos, sobrecogedores. Los llantos de unas plañideras. El aire a mi alrededor se impregna de lágrimas y su sonido se confunde de forma terrible con la postrera luz del sol.

No me muevo cuando la comitiva fúnebre pasa a unos metros de distancia, pero sé que me han visto y también sé que no soy bienvenida en su duelo. Por las armas que porta la mujer joven que encabeza la marcha, y el cuerpo esbelto que portean, sé que han perdido a un hijo. Seguramente se dirigen a la necrópolis más allá de la llanura para ofrecer su última muestra de amor y paz a aquel que ya no regresará...

Estoy a punto de apartar la vista y levantarme, cuando sucede. Han venido. Como cada anochecer.

Invaden el prado, se trenzan con la sangre del cielo, se deslizan entre la hierba, acarician secretamente la piel del muchacho que ha perdido la vida... Están por todas partes.

Trago saliva al pensar que solo en estos instantes mis emociones florecen.

Yo misma soy una flor. Y me nutro del anochecer, absorbo los cuentos oscuros, inhalo lo prohibido, me abro esperando a que estas sombras me rodeen y me conviertan en una más. Secreta, negra, misteriosa como la noche.

Nadie en la comitiva se percata de su presencia. No pueden ver como se ondulan, como susurran palabras inteligibles... como se giran de repente hacia mí.

La realidad se detiene. Mi pulso se dispara.

Ahogo un grito cuando las sombras explosionan para transformarse en miles de mariposas. Alzo los brazos y dejo que jugueteen entre mis dedos, se refugien en mi pelo, besen mis párpados.

Ojalá esta risa que invade mi pecho fuera perenne. Jamás me había sentido tan viva como cuando estoy rodeada por las mariposas negras de la muerte...